

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS

Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II

23 de Marzo de 1889

NÚMERO 25.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

ANTONIO VICO

Antes de morir Rafael Calvo formaba Vico con aquel malogrado muerto la pareja lusigne que sostenía briosamente nuestro teatro nacional.

Muerto Calvo, Vico sólo queda para sostener el enorme peso. Y en verdad que lo sostiene con denuedo.

Hoy (si desde el día en que escribimos esto al en que se publique el número no se aplaza) celebrará Vico su beneficio.

Reciba el gran actor, como el más humilde de los regalos, este modesto homenaje de Los MADRILES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO

Marzo, 1623.

A mi amigo y compañero Angel Pons.

Muchas gracias, Angelito,
por la *Crónica* pasada;
te la agradezco infinito.
Mi enfermedad no fué nada.
Siempre tuyo, *Navarro*.

¡Ya no hay clases, Dios mío!

Al visitar, hace pocos días, el actual emperador de Marruecos

una colección de fieras, un león se escapó de su jaula y se arrojó sobre él.

¡Un descendiente del Profeta rodando por los suelos!

El Emperador logró salvarse, gracias a un negro de la escolta que se interpuso, cayó bajo las garras del león, y fué medio devorado.

Muley-Hassán se encuentra enfermo a consecuencia de este accidente.

El negro ha muerto.

Esto ha venido a demostrar que el león no era una fiera revolucionaria, un nihilista disfrazado, como se creyó en un principio.

Era simplemente un animal que no distinguía de colores.

Un marido calavera que es gastrónomo sin tasa, se ha fugado de su casa junto con la cocinera.

Y la esposa está que brinca, pues no se aviene en verdad con la doble soledad del salón y la cocina.

Y lanzando amarga queja al mirarse abandonada, corre loca y desolada persiguiendo a la pareja.

Logra encontrarlos por fin, los increpa y hace cargos, y a sus reproches amargos le contesta el malandrín:

—¡Kato! ¡Harto del hogar, me revienta el matrimonio, y mi foga es testimonio que no te puedo aguantar!

—¡Mentira! Ni una querrela hemos tenido jamás, y hoy me dejas, y te vas con la criada. ¡Por ella! Por esa mujer me humillas,



¡tá la quieres!... —¡Falso todo! Me la llevé por el modo que tiene de hacer tortillas!.

Al practicarse las excavaciones en los terrenos de la iglesia de Santo Tomás, se ha encontrado en una bóveda una momia perfectamente conservada.

También hemos oído que en los solares del derruido cuartel de San Mateo se había descubierto un *momio*.

Que casen a la pareja, y busquen un maestro que escriba una ópera como *Los Amantes de Teruel*.

Que la instruya Azcárate.

Y que se toque la sinfonía en los salones del Circulo Mercantil, O en la plaza de la Villa.

Es igual.



Esta semana ha sido la de los Pepes, y un día de los gordos el diecinueve. ¡Qué de tarjetas, y obsequios y regalos para las Pepas!

Te'gramas a miles, cartas a cientos y de huelga obligada los carpinteros. ¡Cuán se disfruta, con el Santo patrón de las virtudes!

La fábrica de tabacos de Bilbao ha abierto de nuevo

sus talleres, cerrados a causa del último motín de las cigarrereras.

Han sido expulsadas de los mismos las maestras, las amas de rancho y las operarias sediciosas.

Las pitilleras han sido las más castigadas.

Se quejaban del *papel*, y han hecho ellas el de víctimas.

Fué muy gordo, por las maestras, el tremendo saffarraicho, y hoy lo lloran las maestras y hasta las amas de rancho. ¡No las tratéis con desvío! ¡Compasión! Que, bien mirado, no es extraño que haya un *lio* en un taller de *liado*!

La crónica triste de la semana no tiene nada, desgraciadamente, que envidiar a las anteriores.

Han menudeado las puñaladas, los suicidios y los robos.

Es decir, siguen dando sus naturales frutos la miseria y la ignorancia.

Se ha embarcado para Buenos Aires la tercera expedición de maestros y maestras de instrucción primaria.

Hacen bien. ¡Para la falta que hacen en España!

Oigan ustedes lo que ha ocurrido hace pocas noches en la villa y corte.

Y me darán la razón.

El señor Aguilera, que es hombre listo recogió en los billares cuarenta chicos, todos adolescentes, barbilampiños, haciendo carambolas tan divertidas, y hasta jugando al punto según me han dicho —si es que no se colaban a los prohibidos.— Si a los entores años los pobrecitos, las aulas que frecuentan son las del vicio, y aprenden chulerías y flamenquismos, ¿para qué los maestros, ni a qué los libros?



Siga el Sr. Gobernador la campaña emprendida, y merecerá de seguro, el parabién de las personas sensatas.

El arte de pedir limosna progresa cada día.

Hay pobres que piden a pedradas.

Signiéndolo así, habrá que socorrerlos de un modo análogo Con honda.

Un joven fumista ha *raptado* a la hija de un carpintero.

Otro muchacho ha cometido idéntico delito con la hija de una naranjera.

¡Cómo está Madrid!

No parece sino que las chicas, en cuanto tienen novio, les dicen a todas horas por lo bajo:

—¡Anda, robame!

Y... ¡es claro! las roban.

Yo no me explico la cosa de otro modo.

Galerna parlamentaria.

Sesión del Senado.

Borrascosa.

Ídem del Congreso.

Tempestuosa.

Ídem del Municipio.

Un huracán.

Ídem de la Diputación provincial.

Tormenta deshecha.

Junta del Circulo Mercantil.

(Un ciclón)

E. NAVARRO GONZALVO.



EN LAS VENTAS

(segundo)



—Ajogo las peniñas, gitana, respondía el meridional apurando otro vaso de Jerez, más auténtico que la famosa Manzanilla del Santo. Acababa el mozo de dejar encima de la mesa las perdicés en escabeche, cuando en el marco de la puerta asomó una carita infantil colorada, regordeta, boquiabierta, guarnecida de un matorral de rizos negríssimos. ¡Qué monada de chiquilla! Y estaba allí hecha un pasmarote, si entro si no entro. Así le hizo señá con la mano; el pájaro se coló en el nido sin esperar á que se lo dijese dos veces. Y las preguntas y los halagos de esjón:—Eres muy guapa... ¿Cómo te llamas? ¿Vas á la escuela?... Toma pasas... Cómete esta aceitunita por mí... Prueba el jerez... ¡Huy qué gesto más salado le pone al vino!... ¡Arriba con él... ¡Borrachilla! ¿Dónde está tu mamá? ¿En qué trabaja tu padre?

De respuesta, ni sombra. El pajarito abrió dos ojos como dos espueetas, bajaba la cabeza adelantando la frente como hacen los niños cuando tienen cortedad y al par se encuentran mima-dos, picaba golosinas y daba con el talón del pie izquierdo en el empeño del derecho. A los tres minutos de haberse colado el primer gorrión migajero en el palomar, apareció otro. El primero representaba cinco años; el segundo, más formal, pero no menos asustadizo, tendría ya ocho lo menos.

—¡Hola! Ahí viene la hermanita... dijo Asia. Y se parecen como dos gotas... La pequeña es la más saladilla... pero ¡vaya con los ojos de la mayor!... Señorita, pase usted... Esta nos enterará de cómo se llama su padre, porque á la chiquita la comieron la lengua los ratones.

Permanecía la mayor incrustada en la puerta, seria y recelosa, como aquél que antes de lanzarse á alguna empresa erizada de dificultades, vacila y teme. Sus ojazos, que eran realmente árabes por el tamaño, el fuego y la precoz gravedad, iban de Asís á Diego y á su hermanita; la chiquilla meditaba, se recogía, buscaba una fórmula y no daba con ella, porque había en su corazón cierta salvaje repugnancia á pedir favores, y en su carácter una indómita fiereza, muy en armonía con sus pupilas africanas. Y como se prolongase la vacilación, acudióle un refuerzo, en figura de la señá Donata, que con la solicitud y el enojo peor fingidos del mundo, se entró muy resuelta en el gabinete, refunfuñando:

—¡Eh! niñas, borderas, ¡largot que estáis dando la gran jaqueca á estas señoras... A ver si vos salís afuera, á el no...

—No molestan... declaró Asia. Son más formalitas... A sea no hay quién la haga pasar, y la chiquitilla... ni abre la boca.

—¡Para comer, ya la abren las tunantías!

Pacheco se levantó cortésmente, y ofreció silla á la vieja. El gaditano, que entre gente de su misma esfera social pecaba de reservado y aun de siltanero, se volvía sumamente campechano al acercarse al pueblo.

—Tome usted asiento... Se va usted á bebé una copita de Jerez, á la salud de toos.

¡Oídos que tal oyeront Señá Donata, ¡fuera temor! ¡Al ataque, ya que te presentan la brecha franca y expedito el rumbo! Y tan expedito, que Pacheco, desde que la vieja puso allí el pie, pareció sacudir sus penosas cavilaciones y recobrar su cháchara, diciendo los mayores desatinos del mundo. Como que se puso muy formal á solicitar á la honrada matrona, proponiéndole un paseito á solas por los tejares. Oía la muy lagarta de la vieja, y

celebraba con careajadas pueriles, luciendo una dentadura sana y sin mella; pero al replicar iba encajando mañosamente aquella misión diplomática que bullía en su mente fecunda desde media hora antes. Tratábase de que ella, ¿se hacen ustedes cargo? trabajaba en la Frábrica de Madri... y tenía cuatro nietecitas de una hija que se murió de la tifusidea, y el padre de gomitir sangre, así, á golpás... en dos meses se lo llevó la tierra: señores! que si se cuenta, mentira parece. Las dos nietecitas mayores, colocas ya en los talleres; pero si la suerte le deparase una presona de suposición pa meter un empeño... porque en este pícaro mundo, ya es sabio, too va por las amistacs y las influencias de unos y otros...—Llegada á este punto, la voz de la señá Dorotea adquiría inflexiones patéticas.—¡Ay Virgen de la Paloma! ¡No premita el Señor que ustés sepan lo que es comer, y vestir, y calzar cinco infelices mujeres, con tristes ocho ó nueve reales, gansos á trompicones! Si la señorita, que tenía cura de ser tan complaciente y tan cabal, conociese por casualidad al ministro... ó al ministrador de la Frábrica... ó al contador ó algún presonaje de éstos que too lo reguervén... pa que la chiquilla mayor, Lolilla, entrase de aprendiz también... ¡Sería una caridá de las grandes, de las mayores! Dos letritas, un cacho de papel...

Pacheco respondía á la arenga con mucha guasa, sacando la cartera, apuntando las series de la pitillera detenidamente, y aseguéndole que hablaría al Presidente del Consejo, á la infanta Isabel (intima amiga suya), al Obispo, al Nuncio... Enredados se hallaban en esta broma, cuando tras la abuela pediguera y las nietecillas mudas, se metieron en el gabinete las dos chicas mayores.

—¡Miren mis otras huerfanicas infelices! indicó la señá Donata.

Imposible imaginarse cosa más distinta de la clásica orfandad enlutada y extremada que representan pintores y dibujantes al cultivar el sentimentalismo artístico. Dos mozállonas frescas, sudorosas, porque acababan de bailar, echando alegría y salud á chorros, y saliéndoles la juventud en rosas á los carrillos y á los labios; para más, alborotadas y retozonas, dándose codazos y pellizcándose para hacer reír mutuamente. Viendo á semejantes niñas, Pacheco abandonó á la señá Donata, y con el mayor rendimiento se consagró á ellas, encandilado y camelador, como hijo legítimo de Andalucía. Todas las penas *ajogadas* por el Tío Pepe se fueron á paseo, y el gaditano, entornando los ojos, derramando sales por la boca, y cecando como nunca, aseguró á aquellas princesitas del Virginia que, desde el punto y hora en que habían entrado, no tenía él sosiego ni más gusto que comerse-las con los ojos.

—¿Vienen ustés de bailar? les preguntó risueño.

—Pus ya se ve, contestaron ellas con chulesco desgarro.

—¿Sin hombres? ¿Sin pareja?

—Ni mardita la falta.

—Pan con pan... Eso es más soso que una calabasa, prendas.

Si me hubiesen ustés llamao...

—¿Qué iba usté á venir? Somos poca cosa pa usté.

—¿Poca cosa? Son ustés... dos pesaitos del tersionelo de que está forraa la bóveda celeste. ¡Eal! ¿echamos ó no ese baile? Ahora me empené yo... ¡A bailar!

Salió como una exhalación; dió la vuelta al pasillo aéreo; cruzó el puente que á los dos merenderos unía, y en breve, al compás del horrible piano mecánico, Pacheco bailaba ágilmente con las cigarreras.

ENILLA PABLO BAZÁN.

VOZ DEL PUEBLO, VOZ DE...

Fueron don Roque Simón y don Rufino Tirilla sacerdotes de una villa de la provincia de León. Era Simón perezoso, cuellicorto, cariancho, mollejón; en fin, un Sancho en lo panzudo y carnoso. Y el otro, flaco, intangible, pues tan censoño vivía, que hasta después que comía apenas era visible. Simón llevaba la misa con tono lento y gangoso; Rufino, inquieto y nervioso, la mascullaba deprisa. Por esto, piedad más pura creyeron ver en Simón, cuando era su devoción

reliquia de su gordura. Sin duda mandó al dios Baco, en día de borrachera, que el último mono muera, y pulgas al perro flaco. Y él ordenó que en la villa cundieran de lengua en lengua mil invenciones, en mengua de don Rufino Tirilla. Un día, el padre Rufino, poco antes de que oficiara, dijo al aseristán que echara — Agua poca y mucho vino. Por el contraste y la lucha con su compadre, Simón, dijo en aquella ocasión: —«Vino poco y agua mucha.»

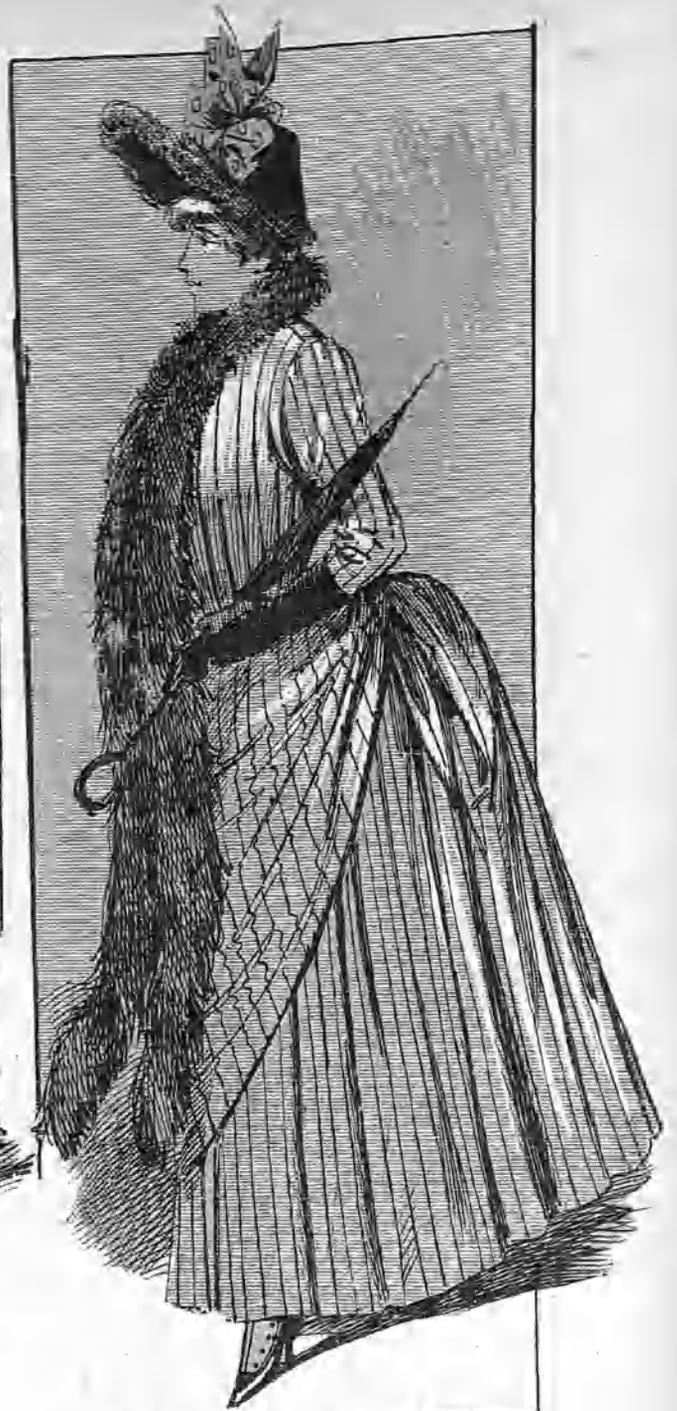
Produjo tan honda huella el suceso, que, en la villa, le llamaban á Tirilla *el padre Rufo Botella*. Y esto, en su honra tal estrago causó, que, cuando acudía á misa, el pueblo decía: — Ya va el cura á echar un trago. En cambio, por la bondad, y la abstinencia que vieron en don Roque, le tuvieron en olor de santidad. Mas ya, que sé lo que pasa en ese pueblo de León, sé que don Roque Simón tenía bodega en casa

R. TURBOMÉ.





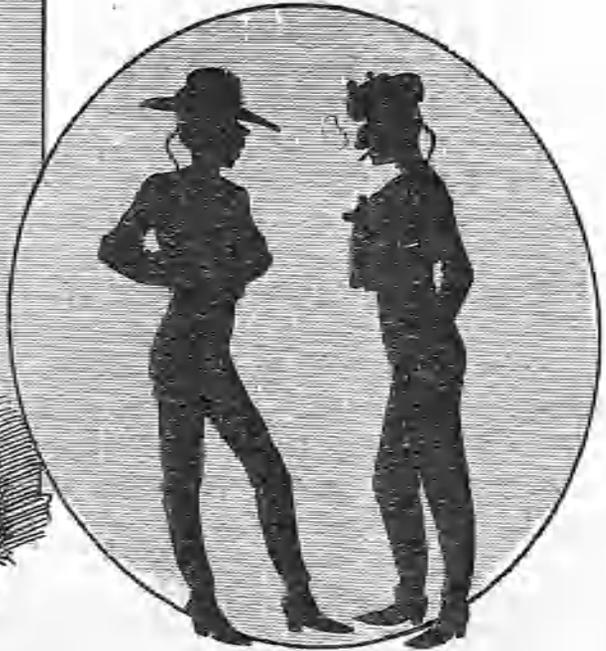
Soy Rubens en el color
y produzco obras maestras.
—Pues yo también soy pintor.
—Pero ¿usted que pinta?—Muestras.



¡Qué apuesta! ¡Qué bien vestida!
Nadie logra sus mercedes,
y es antigua conocida
de ustedes.



Un esposo carifino
que hace el oco,
y una esposa carifosa
que pretende alguna cosa
del esposo.



¡Yo me canto con estilo!
—Ya me ha liche la Camila
que canta más que el *Badila*.
—¡Y dílo!

San José



DON JOSÉ



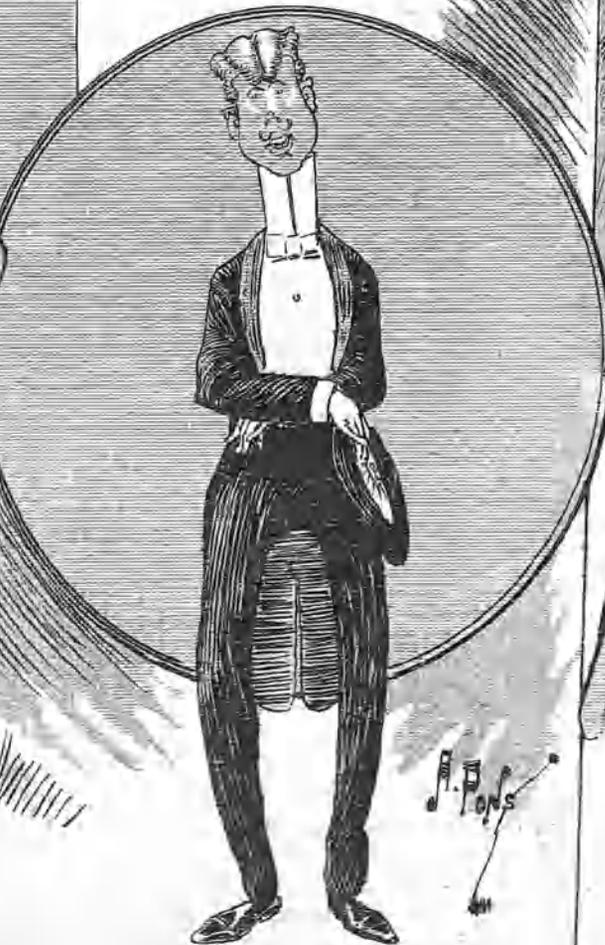
PEPE



EL SEÑOR JOSÉ



PEPITO



PEPINO



P. P. Y. W.

LOCO INCURABLE



U N manicomio viene á ser un cementerio de vivos ó un presidio lleno de condenados á sinrazón perpetua, cien veces más horrible que la misma muerte, que para el loco es indulto. Pensando así, quizás algo disparatadamente, sentí, al visitar un hospital de dementes, angustias en el corazón y frío en el cerebro, que se me antojaron preludios de locura, caso difícil en hombres de poco magín.

Allí vi algunos locos con caras de salud; pero los más miraban ciegos y escuchaban sin oír, con semblantes de calentura y cuerpos secos como palos. Iban ataviados según su varia fantasía inventada; unos adornados de cintajos, que serían amuletos; otros desaviados y menos vestidos que desnudos, peinados como cañes, ó rapados como religiosos: todos, en fin, más rotos que cosidos. Este escribía en una pizarra guarismos inconmensurables y palabras nuevas; otro, á lo largo del corredor, iba á pasos de procesión y cubierta la cabeza con bonete cantando salmos inéditos con voz de piporro sólo, desafiada, cuando al ir y venir pasaba junto á una puerta que se entreabría enseñando una cabeza desgreñada que gritaba: *¡No hay Dios!* y desaparecía rápida hasta la otra vuelta en que repetía la misma frase, acompañada de un ademán indecente. Por allí también andaba como cuadrúpedo un joven que pegando el carrillo al suelo miraba por bajo de las puertas como si buscara, y otro se lamentaba á grito pelado de haberse vuelto mudo. Estaba yo escuchando al mudo sus quejas, cuando tuve que ponerme á un lado para dejar que pasase un grupo de hombres que se estrujaban y corrían por cazar á una gallina que entre vuelos y saltos iba cacareando su desgracia. Gritaban los cazadores con vocerío infernal y ya estaban á punto de repartirse viva el ave, pero el restallar de un látigo y el sonar de una campana suspendió la batida y empujó aquel grupo feroz hacia dentro y en remolino seguido de lejos por el cantor y el blasfemo; aquél sin interrumpir la salmodia y éste parodiándole con cantares de lupanar.

El comedor no parecía de manicomio. El instinto, sin duda, daba paz al cerebro. Lo que sí revelaba una casa de locos era el pequeño jardín que en un ángulo del patio había, y donde se pusieron en unión adúltera vegetales, símbolos poéticos unos, y hortalizas prosaicas otros, mezclando sus olores y sus malices en un huerto injerto en jardín. Allí era de ver las purísimas azucenas hermanadas con las apesostas cebolletas, las madrelevas casadas con guisantes, claveles enlazados con tomates á cual más rojos, todo festoneado por hileras de escarolas, albacacas, pensamientos y coles, todo bien cuidado y puesto dentro de tal anarquía botánica.

Después de haber admirado aquella república pasé á visitar las oficinas, y en ellas encontré un antiguo conocido que estaba ocupado en inscribir un *aita* en el gran libro de entradas. Al poco rato, y cuando terminó su escritura, después de preguntarle yo cómo fuera el estar empleado en tal oficio y en tal casa, satisfizo mi curiosidad diciéndome así:

—Yo he venido al mundo á padecer mi nuevo Calvario. Le empecé escribiendo un periódico, y me salí al campo de la pluma con tal empuje, que me vi solicitado para decir verdades; pero resultaban tan desnudas, que dejé de escribir por temor de que se me muriesen de frío en una cárcel. Tomé después una credencial, que fué como dejar la pluma, y otra vez me salieron al encuentro los malos, proporcionándome inteligencias para avivar asuntos moribundos de moral y para inventar otros que habían de ser paridos sin ser concebidos. Probada mi ineptitud para aquellos manejos, me vi por puertas, y á tantas acudí y hallé cerradas, que llamé á la antessala del presidio; allí entré y piqué con tan buena fortuna, que perdí mis ganancias de aquella noche y mi libertad de tres meses y un día, por caer en la esfera gubernativa primero, y en la judicial después. Cuando salí de la cárcel, era menos bueno, pero más hombre. Y, como era más hombre, empecé á buscar dinero con los puntos de la pluma, mojados donde pudiera ser, en sangre, en bñla, en veneno; con jirones de piel que otros me daban, hacia yo botas que ellos se calzaban, y yo, mientras, comía y no almorzaba, que ya era algo. Recuerdo que una sátira de cien versos me valió mil pesetas, y me acuerdo también de que el agraciado con ella prometió solemnemente á mi inspirador tantos palos como versos, si no publicaba la retractación, que era de las mejor hechas, por haber sido su autor el que prometió los golpes...

En fin, ya por lo que le he contado, puede usted formar idea de cuánto he sufrido en este mundo... ¡Ah! Pues no sabe usted lo mejor de mi vida, que fué que, antes de que mi mujer desapa-

reciera de mi lado, había yo recibido, una buena herencia, que acompañó á mi mitad (quién sabe dónde?... Si no fuese porque mi abuelo me ha prometido un sitio junto á él...)

Llegando aquí, le pregunté:

—¿Quién es su abuelo de usted?

Y me respondió:

—Soy hijo de Jesús de Nazareth, nieto de Dios.

—Amén, le dije; y pensé que por ahí debía empezar para no llenarme la mollera con tantas mentiras.

Ya debí suponerlo, porque lo que me ha contado no sucede, se sueña. Si así no fuera, el mundo sería una bola de escorias del infierno.

Pero, de todos modos, cuando salí del manicomio no pude darme cuenta de si era yo un loco prófugo, ó un hombre cuerdo.

P. P. VILLANUEVA



El consejo del herrero.

(POEMA MICROSCÓPICO.)

—Mucho trabajas, Juan!— Quiso la suerte hacirme ganapán, un toscos obrero de esos que cambian fuerzas por dinero, y llegan, trabajando... hasta la muerte.

Mi vida es esa: ¡bah! será el destino, ó Dios, ó el mismo diablo quien lo ordena; yo sigo sin quejarme mi camino que con dicha y con pan la vida es buena.

—¿Eres feliz?— A medias.—No te creo.

—Haces mal: mira, Pedro, tengo un nido blanco como la nieve, tan risueño, tan modesto, tan bello y tan querido, que cifra mi ventura en ser su dueño.

Tengo una esposa honrada y un hijo, blanco y rubio, tan hermoso, que ¡por Cristo! te juro, camarada que con sólo mirarlo soy dichoso.

Sueño con mi mujer y con mi niño; es mi Paca tan bella que le doy por millones mi cariño y estoy loco por ella!

Y trabajo á descajo y canto sin cesar, mientras trabajo; machaco el hierro ardiente y el sudor de mi frente gana pan, como dice la doctrina, y abastece de carne mi cocina.

El humo de la fragua es mi aureola; el yunque y el martillo mis cadenas... y que rueda la bola, y que vengan trabajos por docenas: en tanto que machaco tengo hogar, pan, mujer, niño y tabaco.

—¿Te envidio!—No me explico que puedas envidiarme siendo rico. Afirman que el dinero es el todo.—Es la nada: ¡yo me muero!

—¿Qué dices?—La verdad: rie mientras lloro veré si es contagiosa la alegría.

—¿Qué te pasa? Habla, ¡d!... ¡por vida mía!... ¡Juan! ¡No me quiere la mujer que adoro!

¡Es estatua de piedra á mis lamentos, mujer de hielo, impávida, insensible; causa de mis acerbos sufrimientos, un idilio de nieve: ¡un imposible!

—Malo, malo, remalo, amigo mío; ya sabes, machacar en hierro frío es perder tiempo y fuerzas solamente: machaca sin cesar; mas en caliente.

Pedro, toma un conejo sin ojo; si ella se enfada, bueno, que se enfade; ¿es dura como el hierro? Ponla al rojo... luego... le das la forma que te agrada.

J. NAVARRO REZA



CÓMO SE MATÓ ADRIÁN



comencé á escribir con temor aquella carta para su madre. ¿Cómo iba yo á decirle que su hijo se había suicidado de tan extraña manera? En todos los cafés y tabernas de Cirujeda se hablaba de Adrián como se habla de los héroes, y aquella misma noche estubo contando el coronel lo sucedido, en el billar del *Círculo de la Amistad* de Cirujeda, delante de más de treinta socios.

Y yo, el único amigo que había tenido Adrián en el regimiento, iba á desmantilar al coronel y á dejar por embustera la orden del día, diciendo á aquella pobre vieja:

— Adrián no se ha matado por la patria, sino por una mujer.

Estuvo hasta media noche haciendo y rehaciendo la carta, y por fin no la escribí. Preferí que quedase aquello entre el muerto y yo; pero ahora os lo contaré, porque han pasado muchos años y ya ha muerto la viejecilla, y lo que yo diga no hará daño á la pensión.

Trajo Adrián al regimiento una profunda melancolía, la tristeza de la ausencia de aquella mujer... ¿Y por qué no he de decirlo todo? No era mujer aquella cuando hizo lo que hizo con Adrián, sino mala hembra amantada en la villanía; Adrián no me dijo nunca nada sobre ella; pero yo, en las soledades de la campaña, le vi muchas veces pensativo y distraído, menos preocupado de la inseguridad del mañana del soldado que de aquella mujer. Pensó llevarla al regimiento, como su mujer legítima; pero debió retroceder ante los peligros que esto encerraba, y no la llevó.

Cuando llegamos á Cirujeda con todo el tascar cuerpo, después de nueve horas de marcha por las asperexas de la sierra, encontramos cuatro correos detenidos para el regimiento. El cabo cartero nos trajo á la posada dos cartas para mí y una para Adrián, todas de fechas muy atrasadas. Mientras yo rompía los sobres de las mías, le oí leer á él la suya y morderse los labios, y ponerse pálido. Salí luego al corredor sin decirme nada; recogí el sobre, y era de ella; su letra dificultosa y su ortografía anárquica, aquel *vatalion* y aquel *Rodriges* que había yo visto en otros sobres. No supe hasta el siguiente día, y en ocasión tremenda, lo que la carta decía, porque Adrián no dijo nada mientras estuvimos en la posada; pero cuando por la mañana tomamos posiciones en la vallada de Cirujeda, Adrián se adelantó un poco á su compañía y me cogió por el brazo.

— Yo no salgo de ésta, me dijo con extraordinaria sequedad. Le miré al blanco de los ojos.

— Te digo que no salgo, volvió á decir con gesto enérgico y duro. Yo haré de manera que no salga.

— Tú te has vuelto loco, Adrián.

Echó mano á la cartera, sacó el papel y me lo dió.

— Guarda esto si quieres, dijo, ó rómpelo.

Se volvió á su compañía, y leí el papel. ¡Claro que era de aquella bribona! Decía que había concluido todo entre ellos, y que se iba á la Habana con no sé quién. Miré á Adrián con profunda lástima, y me acordé en un minuto de la serie de sacrificios que había hecho para mantener á la que con más razón que nunca podía llamarse ingrata, quitándosele de sus propias comodidades y ahorrándole de los merendados pluses de campaña.

El toque de atención, que corrió como un reguero de cuerpo en cuerpo y de regimiento en regimiento, me sacó de aquella indignación que sentía. Todo el tercer cuerpo se puso en movimiento casi á un tiempo, disgregándose primero en brigadas y luego en regimientos aislados. Pasó por nuestro frente la artillería para colocarse al flanco izquierdo, y vimos después la primera carga de la caballería, que á lo lejos parecía una mancha que corría sobre el valle, compacta y con puntos brillantes.

Estuvimos quietos hasta el medio día, esperando órdenes, sin que Adrián se me acercase ni yo me atreviese casi á mirarle, y á las doce y media llegó la orden de avanzar sobre el alto de la Veleta. Subimos tres veces, y otras tantas hubimos de retroceder con bajas. Entonces vi, al desplegarse el regimiento, á Adrián, sable en mano, delante de todos, pegando como un desesperado á los pobres soldados de su compañía, que vacilaban contemplando el repecho en donde tantos habían quedado. Y cuando el coronel pudo arrastrar por tercera vez al regimiento sobre aquella maldecida cuesta, Adrián se olvidó de todos los respetos militares, dejó atrás su compañía, desenganchó el revólver y se fué antes que nadie sobre la trinchera.

A mitad de camino le vimos entre el humo sobre el parapeto, luchando ya cuerpo á cuerpo, verdaderamente hermoso en aquel momento, y cayendo poco después de espaldas al empuje de un bayonetazo...

Fué, como os he dicho, en la orden del día siguiente, como todos los que mueren por la patria, pero nadie, nadie más que yo, supo jamás qué clase de desesperado impulso le había echado sobre la muerte.

FEDERICO URRECHA

Menudencias.

Vaya otro rasgo.

En fin de mes terminan las suscripciones por semestre hechas al comenzar ésta publicación.

El que renueva su suscripción por igual tiempo ó se suscriba de nuevo, recibirá una preciosa novela, *La mujer, el marido y la vecina*, de nuestro colaborador Sr. Serrano de la Pedrosa, lleno de ilustraciones en colores, de primera, pero de primera, como verá el que renueva.

El libro vale *dos pesetas*; con que ajustan ustedes la cuenta, y sale, escribiendo por seis meses, en una friolera.

Si esto no es servirles, no sé cómo llamarlo.

Y que esto no reza más que con la Península.

¡Ah! Y que para disfrutar de este regalito es preciso hacer las suscripciones directamente en la Administración.

Publicaciones:

Insolación se titula el último libro de Emilia Pardo Bazán. Como será la novela, siendo suya, no hay para qué decirlo; pero, por si acaso, en este número va un fragmento inédito de *Insolación*, que debemos á la galantería de la autora y de los editores del libro, Sres. Sucesores de Ramirez, Barcelona.

Y, además, lleva *Insolación* ilustraciones de Cuchy que es lo que hay que ver.

El año pasado, por D. José Ixart, López, editor, Barcelona.

Ixart es un crítico extra, pero de primera; y si como escribe en Barcelona, y casi sólo para Barcelona, escribiera en Madrid y para España entera, les digo á ustedes que tendríamos crítica excelente y de primera mano.

Con lo dicho basta para comprender que el tomo de 1888, de Ixart, es, como dicen en una zarzuela de todos los demonios:

«Pero bueno, pero bueno,
pero bueno de verdad!»

Fiebres (poesías) por Fray Candil (Emilio Bobadilla).

Si yo elogiara este libro, dirían ustedes que era elogio interesado el mío, y que no valía.

Pues se llevan ustedes chasco, porque no lo elogio, á pesar de las buenas ganas que para ello tengo; pero sí diré que el libro no vale más que *tres pesetas*, y que por este precio no hay poder humano que dé tanto y tan bueno como hay en *Fiebres*.

Y de aquí sí que no hay quien me apee.

La España Moderna ha publicado su segundo número. Aquí que no peo, porque no soy de la casa. Hay que leer este número, con una novela de Galdós, *Torquemada en la hoguera*, que es gloria bendita, y otros trabajos de Cánovas, Pardo Bazán, García Ramón, etc., que es lo que hay que ver.

Sepa, pues, el Sr. Lázaro, inteligentísimo director de *La España Moderna*, que por este camino se llega á hacer una revista digna de emparejarse con las mejores del extranjero.

Y no rebajo ni tanto así de lo dicho.

Canto de bodas se titula una novela de Enrique Greville, publicada por el inteligente editor Sr. Manso de Zúñiga. Conocidos el encanto é interés que Greville presta á sus narraciones, no es dudoso que *Canto de bodas* se agotará pronto.

Esta Casa prepara una serie de obras de nuestros novelistas contemporáneos, verdaderamente escogida, para lo cual cuenta ya con firmas de las que se cotizan caras en el mercado literario.

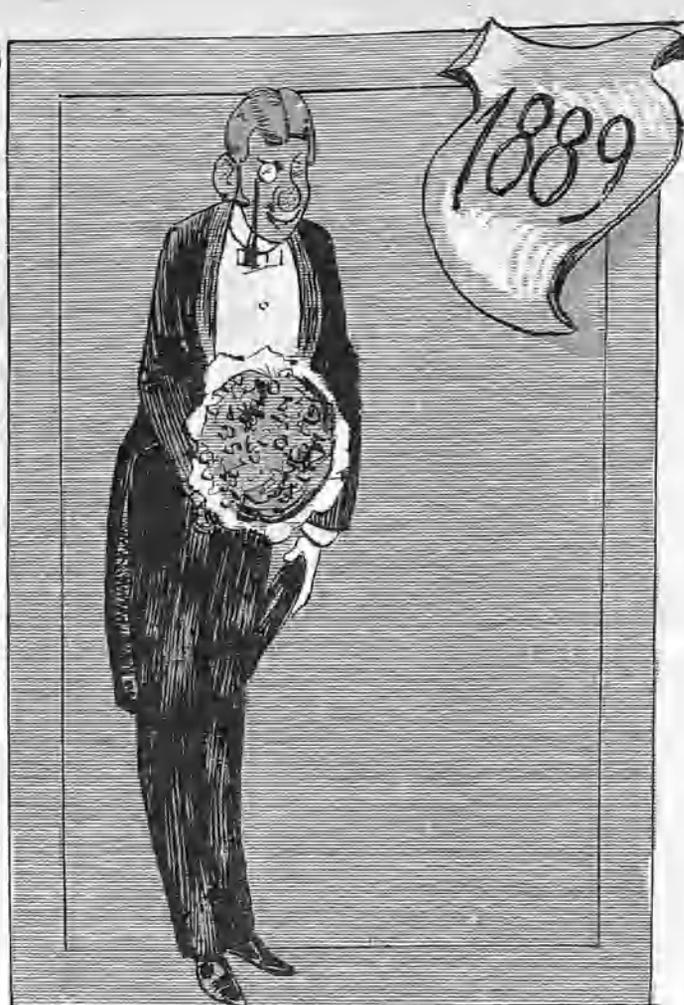
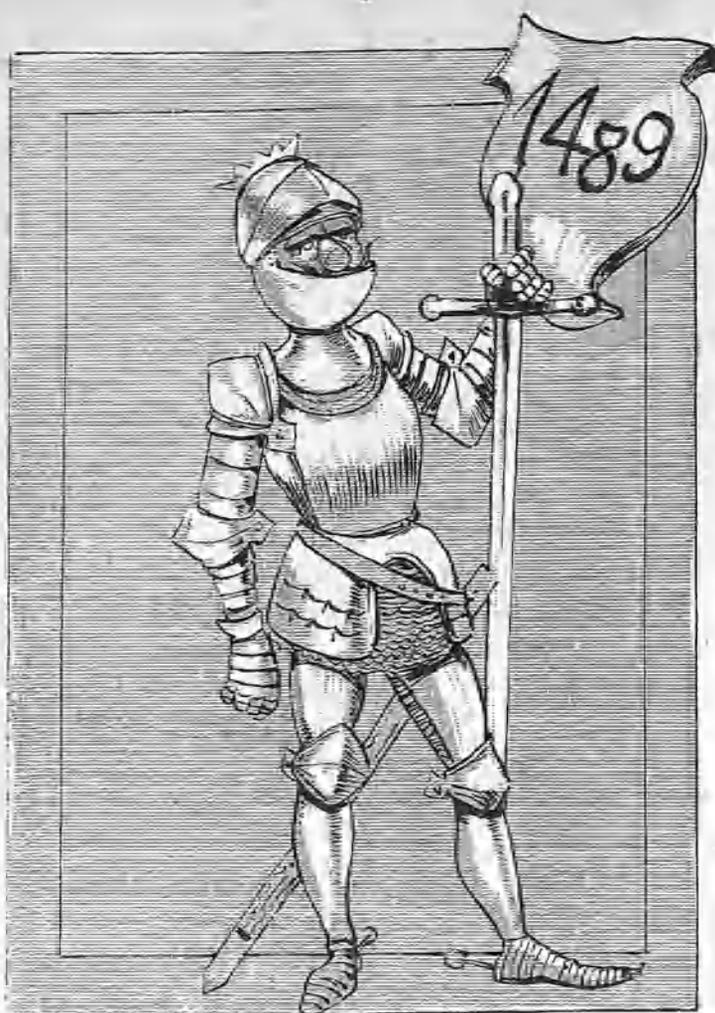
El hombre de piedra (poema), por D. Manuel Cano y Custó.

No nos queda hoy lugar más que para acusar recibo de este notable libro.

Damos las gracias á nuestros colegas de Madrid y provincias por las cariñosas frases que han dedicado al último número de *LOS MADRILES*.

Estimando, y procuraremos hacernos cada vez más dignos de esos elogios.





ANUNCIOS RECOMENDADOS

DOCTOR MONROY

DENTISTA

Corredera de San Pablo, 21, principal
Contiguo al teatro de Lara.

Obras de venta en la Administración de LOS MADRILES:

ALFONSO DAUDET

Tartarin en los Alpes.

Traducción de E. Blasco.

Edición de gran lujo, con 145 ilustraciones y cubierta al cromo,

CINCO PESETAS

Carlos Fernández Shaw.

TARDES DE ABRIL Y MAYO

Un elegante volumen en 4.º con ilustraciones de Guey y cubierta Japón,

TRES PESETAS

¡SÓLO PARA HOMBRES!

CUENTOS ILUSTRADOS

Se han publicado 12 tomos, que se venden sueltos á

UNA PESETA

BANCO DE CASTILLA

La Administración de este Banco ha acordado que la junta general ordinaria correspondiente al ejercicio de 1888 se celebre en el domicilio social (Infantas, 31), el jueves 4 de Abril próximo, á las diez y media de la mañana.

Tendrán derecho de asistencia, conforme determina el art. 22 de los estatutos, los que posean cien ó más acciones. Para ejercitar este derecho habrán de depositar sus acciones hasta el día 30 del actual en las Cajas del Banco, en Madrid; en las del Banco Hispano-Colonial, en Barcelona, y en casa de los Sres. C. Jacquet y Compañía, de Bilbao, en dicha ciudad. Los que no posean individualmente cien acciones, podrán reunirse y confiar la representación de sus acciones, cien á lo menos, á uno de entre ellos.

En vista de los resguardos de depósitos, se expedirán á los interesados las tarjetas personales de asistencia.

Los señores accionistas que tengan ya depositadas sus acciones en número suficiente en las Cajas del Banco de Castilla, podrán recoger las papeletas de entrada hasta las tres de la tarde del día 3 del expresado mes de Abril, con sólo presentar sus respectivos resguardos de depósito.

Los que no concurren personalmente sólo podrán ser representados por un socio que tenga derecho de asistencia, siempre que la autorización oportuna haya sido presentada en la Secretaría del Banco antes del día de la celebración de la junta.

Madrid 14 de Marzo de 1889. — Por acuerdo de la Administración el Secretario, Ricardo Sepúlveda.

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

J. NAVARRO REZA

Latigazos

Poemas microscópicos.

Un volumen ilustrado, y cubierta fantástica,

UNA PESETA

JULIO DE LAS CUEVAS

El espejo del alma.

POEMA

Un volumen ilustrado, y cubierta en colores,

UNA PESETA